

## CAPÍTULO XXI

Guatemotzin, emperador de los aztecas.—Sus cualidades.—Ordenes que da para hacer la guerra á los españoles y disposiciones que toma para combatir contra ellos.—Descripcion del camino que llevó Hernan Cortés para ir á Texcoco.—Llega á esta ciudad, de donde habia huido ya el rey texcocano.—Cortés ordena que no se cause el mas leve daño á los habitantes.—La nobleza texcocana manifiesta á Cortés el deseo de nombrar un nuevo monarca y le indican la persona á quien le correspondia la corona.—Se elige rey al jóven Ixtlilxochitl, que poco despues abraza la religion católica.—Su adhesion á los españoles.

1520. Mientras Hernan Cortés se habia ocupado, con próspera fortuna, en arrojar las guarniciones mejicanas de las provincias próximas á Huexotzinco y en consolidar su poder en ellas, los mejicanos habian tenido la pena de perder á su emperador Cuiclahua que, como he dicho, pereció víctima de las viruelas. La pérdida de este activo y valiente monarca, cuyo reinado, aunque

de pocos meses, fué altamente glorioso para su nombre, fué sentida por la nacion entera.

Los electores, al quedar vacante el trono, se reunieron, segun era costumbre, para elegir el hombre que debia ocupar el primer puesto de la nacion. No quedaba de Moctezuma ya ningun hermano; que á tenerlo, á él le hubiera pertenecido la corona.

Mientras los electores deliberaban sobre la persona que debia empuñar las riendas del Estado, el sumo sacerdote elevaba sus preces al cielo, implorando el favor de los dioses en la buena eleccion. La oracion elevada en los solemnes momentos en que los mejicanos elegian al monarca que debia suceder al que habia perecido, se conserva aun. Digna es de conocerse aquella plegaria que revela los sentimientos religiosos de los aztecas, y que da á conocer, en ese género, la elocuencia de sus oradores. He aquí esa oracion, que el lector mirará, sin duda, con aprecio.

«¡Señor nuestro! ya V. M. sabe como es muerto nuestro N\*\*\*; ya lo habeis puesto debajo de vuestros piés: ya está en su recogimiento, y es ido por el camino que todos hemos de ir y á la casa donde hemos de morar, casa de perpetuas tinieblas, donde ni hay ventana, ni luz alguna: ya está en el reposo, donde nadie le desasosegará... Todos estos señores y reyes rigieron, gobernaron y ganaron del señorío y dignidad real, y del trono y sitio del imperio, los cuales ordenaron y concertaron las cosas de vuestro reino, que sois el universal señor y emperador, por cuyo albedrío y motivo se rige todo el universo, y que no teneis necesidad de consejo de ningun otro. Ya estos dichos dejaron la carga intolerable del gobierno que

trajeron sobre sus hombros, y la dejaron á su sucesor N., el cual por algunos pocos dias tuvo en pié su señorío y reino, y ahora ya se ha ido en pos de ellos al otro mundo, porque vos le mandasteis que fuese y le llamasteis, y por haberle descargado de tan gran carga, y quitado tan gran trabajo y haberle puesto en paz y en reposo, está muy obligado á daros gracias. Algunos pocos dias le logramos, y ahora para siempre se ausentó de nosotros para nunca mas volver al mundo... ¿Quién ordenará y dispondrá las cosas necesarias al bien del pueblo, señorío y reino? ¿Quién elegirá á los jueces particulares, que tengan carga de la gente baja por los barrios? ¿Quién mandará tocar el atambor y pífano para juntar gente para la guerra? ¿Y quién reunirá y acaudillará á los soldados viejos y hombres diestros en la pelea? ¡Señor nuestro y emperador nuestro! tenga por bien V. M. de elegir y señalar alguna persona suficiente para que tenga vuestro trono, y lleve á costas la carga pesada del régimen de la república, regocije y regale á los populares, bien así como la madre regala á su hijo, poniéndole en su regazo... ¡Oh señor nuestro humanísimo! dad lumbre y resplandor de vuestra mano á este reino... Hágase como V. M. fuere servido en todo y por todo» (1).

(1) Está tomado [el discurso del original del fraile franciscano español Bernardino Sahagun. Dedicado á la instruccion de los mejicanos por mas de sesenta años, llegó á poseer perfectamente el idioma azteca y supo perfectamente la historia de ellos. Escribió varias obras en mejicano y en castellano, y su *Historia de la Nueva España*, donde se halla la oracion referida, encierra noticias muy curiosas. Tiene, por lo mismo, para el lector, el atractivo de la exactitud, puesto que el padre Sahagun escuchó de los labios de los mismos mejicanos sus costumbres y sus creencias religiosas.

La eleccion recayó sobre un sobrino de Moctezuma, llamado Quauhtimotzin, que significa *águila que cae ó se precipita*. Era Guatemotzin, como actualmente se le llama, joven de veinticinco años, de arrogante presencia, de alma enérgica y de esforzado aliento (1). Estaba casado con una hija del emperador Moctezuma, y se habia distinguido por su valor en los dias de lucha contra los españoles en las calles de la capital. Dotado de un espíritu guerrero, de una voluntad firme y de un acendrado patriotismo, continuó con actividad las obras de defensa empezadas por Cuitlahua, y levantó numerosos ejércitos para oponerse al paso de los españoles.

Celoso de su religion y de la independencian de su patria, se propuso combatir sin descanso, hasta triunfar de los españoles, ó morir gloriosamente en defensa del suelo en que vió la luz primera del sol.

Sabedor de los proyectos de Cortés y de los preparativos que hacia para poner sitio á la capital, envió mensajeros á todas las provincias feudatarias, ordenando que empuñasen las armas, para oponerse al paso de los hombres blancos y de sus aliados. Con objeto de captarse la simpatía de los señores y caciques que gobernaban los pueblos, les envió como prueba de su distinguido aprecio, preciosas joyas de oro, y confirmó lo dispuesto por su antecesor Cuitlahua, eximiéndoles del pago de todo tributo, mientras combatiesen contra los españoles. Para evitar que

(1) «Y aquel señor que hicieron Rey era un sobrino ó pariente muy cercano de Montezuma, que se decia Guatemuz, mancebo de hasta veinte y cinco años, bien gentil hombre para ser indio, y muy esforzado.»—Bernal Diaz del Castillo. *Historia de la Conquista*.

Hernan Cortés entablase relaciones con los caciques de las provincias próximas á las que se le habian unido, envió fuertes guarniciones mejicanas, bajo el mando de sus mejores capitanes, con orden de que combatiesen con decision y heroísmo (1). Con objeto de hacer penosa la marcha de los españoles dispuso que se llenasen de troncos de árboles y de enormes piedras el camino, desde los límites de la república de Tlaxcala al valle de Méjico, y mandó levantar en la capital nuevas obras de defensa que la hiciesen inexpugnable. Para alentar el espíritu guerrero de sus capitanes, pasaba, con frecuencia, revista á sus ejércitos y les arengaba, excitando en ellos el sentimiento patrio y el deseo de gloria. Las mejores tropas habia situado en la capital, con el fin de presentar á los españoles una resistencia en que se estrellasen, y grandes provisiones de víveres se guardaban en los almacenes, edificios reales y *teocallis*.

Nada descuidó el valiente y jóven emperador para la defensa de la patria. Ordenó que en el momento que los hombres blancos se aproximasen á la capital, saliesen de ella todas las personas que no pudiesen empuñar las armas, y que acudiesen á su defensa los jefes y señores de los pueblos y provincias al frente de sus escuadrones.

Estas fueron las disposiciones dictadas por el intrépido jóven Guatemotzin, por el nuevo emperador de Méjico, contra quien se dirigia Hernan Cortés.

(1) «Envió á sus mensajeros por todos los pueblos para que estuviesen muy alerta con todas sus armas, y á los caciques les daba joyas de oro, y á otros perdonaba los tributos; y sobre todo mandaba ir muy grandes capitanes y guarniciones de gente de guerra para que mirasen no les entrásemos en sus tierras.»—Bernal Diaz del Castillo. *Historia de la Conquista*.

Pronto acaso se verían uno frente del otro, disputando el laurel de la victoria.

Dejemos, pues, al belicoso monarca azteca preparándose al combate, y sigamos en su marcha al caudillo español, á quien hemos dejado saliendo de la capital de la república de Tlaxcala.

La marcha de Hernan Cortés era hácia Texcoco, á donde se conducirían los bergantines cuando estuviesen terminados. Tres caminos habia para llegar á la hermosa ciudad del reino de Alcolhuacan, á la famosa capital que embelleció con magníficos palacios y jardines, el rey poeta y legislador Nezahualcóyotl. El caudillo español tomó el mas difícil; el de Tezmelucan, pasando al Norte de los elevados volcanes, para salir al grandioso valle de Méjico. Era una senda llena de precipicios, que casi parecia inaccesible al paso de la artillería y de los caballos. El general castellano lo escogió ex profeso, convencido de que no esperando el enemigo que marchase por él, lo tendría menos defendido que los otros (1).

Hernan Cortés iba á la vanguardia del ejército, con una fuerza de diez soldados de caballería y sesenta infantes de los mas ligeros y diestros en el manejo de las armas. Las tropas marchaban con las precauciones que nunca descuidaba el caudillo español. La division caminó sin encontrar obstáculo ninguno, y se detuvo en Tezmelu-

(1) «E porque ellos sabian que nosotros teníamos noticia de tres caminos ó entradas, por cada una de las cuales podíamos dar en su tierra, acordé de entrar por esta de Tezmoluca, porque como el puerto dél era mas agro y fragoso que los de las otras entradas, tenia creído que por allí no teníanos mucha resistencia ni ellos no estarían tan sobre aviso.» — Tercera carta de Cortés.

can, entonces Tetzmellocan, pueblo perteneciente al estado de Huexotzinco, distante cinco leguas de Tlaxcala. El jefe castellano dispuso que se pasase la noche en aquella pintoresca poblacion, donde fueron recibidos con marcadas demostraciones de alegría.

El frio que hacia era intenso. Los soldados, para calentarse, encendieron grandes lumbradas, y al rededor del benéfico fuego cenaron alegremente los poco succulentos manjares que tenían.

Al amanecer del siguiente dia, que era domingo, despues de haber asistido al augusto sacrificio de la misa, se continuó la marcha. Hernan Cortés, previsor siempre, envió de descubierta á cuatro de caballería, acompañados de igual número de infantes, para que explorasen el camino y no cayese la tropa en una celada. El camino era una cuesta áspera y fragosa, cubierta de bosques de pinos á uno y otro lado. Barrancas formadas por los terribles aguaceros de la estacion de las lluvias, y árboles recientemente cortados y tendidos ex profeso en todas direcciones para obstruir el paso, hacían difícil la marcha y conduccion de la artillería.

La tropa marchaba dispuesta para el combate, esperando verse acometida de un momento á otro. Todo se presentaba ventajoso para el enemigo, y era de creerse que no tardaria en aparecer detrás de los árboles y dominando la senda. Nadie, sin embargo, se presentó á disputar el paso á los españoles; y el ejército llegó á la fragosa cumbre de la sierra, en los instantes en que el sol, enviando sus últimos rayos de luz sobre las montañas, se hundía majestuosamente en el ocaso.